

## La Política Latinoamericana del Brasil\*

Sería superfluo resaltar la importancia que tienen los países de América Latina para el Brasil. Además de la vecindad, compartimos cultura, historia y lenguas semejantes, lo que ha contribuido a que América Latina, a pesar de la fuerte personalidad de los países que la componen, se transformara en una región identificable por un conjunto de características propias. Sin embargo, hay que hacer notar que si bien el concepto de latinoamericanidad no es nuevo, tampoco es estático.

El pasado colonial común y la forma en que fuimos insertados en la economía mundial, colocaron a nuestros países, para usar una expresión común, de espaldas unos con otros. Nuestro comercio era incipiente, las relaciones entre nuestros pueblos se limitaban básicamente al uso de los ríos internacionales, nuestras relaciones políticas y económicas se hacían en forma vertical, a través de las potencias coloniales. En lo fundamental, esa situación no se alteró, ni siquiera después del proceso de independencia de nuestros países. Tan sólo en el pasado reciente se han comenzado a notar tendencias reales y concretas, en el sentido del estrechamiento de las relaciones intrarregionales.

Por lo tanto, vivimos un período en el que es necesario reelaborar el contenido del concepto de latinoamericanidad, infundirle una nueva sustancia y transformarlo en instrumento positivo para el desarrollo de nuestros pueblos.

Algunos de los factores que dieron nueva forma al mundo actual son el crecimiento demográfico, la notable expansión de la economía y del comercio mundial, el progreso de los medios de comunicación y el proceso de descolonización, que en pocas décadas consiguió triplicar el número de países independientes. Estos factores

\*Conferencia del Canciller Saraiva Guerrero, pronunciada en Santiago el 27 de junio de 1980, con ocasión de su visita al Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Chile.

caracterizaron la acción simultánea de dos tendencias. Una de ellas es la integración creciente entre las diversas regiones del mundo, lo que da lugar a una realidad única y global, y la otra es el agravamiento de los desequilibrios entre los grupos de países, los desarrollados y aquellos en desarrollo que, si bien forman parte del mismo sistema económico global, no tienen igual acceso a las oportunidades de desarrollo.

Ese proceso que es, al mismo tiempo, integrador y generador de tensiones, creó progresivamente una nueva conciencia entre los estados miembros de la comunidad internacional frente a su participación y a sus propios intereses en el escenario global. Paralelamente, hizo posible toda una serie de esfuerzos y de iniciativas a través de las cuales países diferentes buscan asociarse para ampliar su capacidad de actuación. Hoy, prácticamente nada es indiferente a nadie. Cualquier acontecimiento político significativo en cualquier región del mundo afecta, en mayor o menor escala, los intereses de todas las demás regiones. En contrapartida, ningún país puede esquivar las responsabilidades inherentes a su participación en la comunidad internacional respetando y haciendo respetar los principios básicos de la buena convivencia, contribuyendo a su perfeccionamiento y asumiendo concomitantemente la defensa de sus intereses legítimos.

Reconocer la manera cómo América se relaciona con el sistema mundial, asumir la defensa de los intereses de la región, identificar las necesidades y anhelos comunes de nuestros países y formular las líneas maestras de una actuación común constituyen, por lo tanto, una de las bases esenciales de la estructura que deseamos fortalecer.

Nuestra región tiene como característica distintiva el hecho de pertenecer, simultáneamente, a Occidente y a la comunidad de las naciones en desarrollo del sur del planeta. Como tal, tenemos estrechas relaciones con los países desarrollados de economía de mercado, compartimos con ellos buena parte de nuestra cultura, de nuestros valores, de nuestro intercambio. Con ellos tenemos también diferencias en el campo político-económico, que se derivan de la mala distribución de las riquezas y de las oportunidades de desarrollo y de las tendencias a restringir el proceso decisorio internacional a círculos muy pequeños de países poderosos.

Por otro lado, tenemos también afinidades e intereses comunes con los demás países en desarrollo. Con ellos componemos un grupo heterogéneo de naciones, que se unen en el proceso de perfeccionamiento de los modelos en los que se efectúa la relación internacional, convirtiéndolos en más justos y adecuados a las necesidades de la gran mayoría de los pueblos. También nos une la confianza en que la solidaridad y la búsqueda de caminos comunes constituye un campo promisorio, que merece ser explorado con imaginación y pertinacia.

Creo que los principales intereses de América Latina son la paz y el desarrollo, ambos indisolubles y merecedores de idéntica prioridad.

La visión latinoamericana de la paz no coincide necesariamente con la de los países poderosos. No visualizamos la paz como un estado de equilibrio forzosamente precario entre fuerzas militares poderosas, ni como un sistema de seguridad capaz de aglutinar las naciones en torno de objetivos estratégicos, definidos fuera de nuestra región. Pero sí la concebimos como un diálogo internacional franco y productivo, que respete las diferentes dinámicas del mundo actual; como una desconcentración de tensiones y búsqueda real de un efectivo desarme, que permita una mejor alocaión de los recursos utilizados por la Humanidad; como creación de un clima caracterizado por la observancia de los principios básicos de la convivencia internacional consagrados por la Carta de las Naciones Unidas, por el respeto mutuo y la exploración de las oportunidades de cooperación entre los países. En fin, concebimos también la paz como la creación de patrones internacionales de convivencia democrática, de modo que todos los países —grandes, medianos y pequeños— tengan acceso equitativo a las decisiones que moldean sus destinos.

La paz es un fin en sí mismo, y también un medio para que podamos dar la debida prioridad a las tareas del desarrollo económico, y para tornar más homogéneos los niveles de vida de los diferentes pueblos. Desde 1945, las tensiones internacionales más importantes y amenazadoras tienen por escenario a países pobres, localizados en todos los continentes del hemisferio sur; países cuya problemática esencial es el desarrollo. No parece haber ahí una coincidencia, sino más bien una comprobación de la primordial importancia de la problemática del desarrollo para la propia seguridad internacional. Así, el desarrollo es también un fin en sí mismo, y al mismo tiempo, un medio para que se refuerce la paz.

La conquista de la paz y del desarrollo es la más profunda razón de ser de nuestra unión. Esa expresión no tiene valor solamente en el mundo ético, en el campo retórico del deber ser y de las buenas intenciones. Como efecto, ella tendría poco valor si no se armonizase en profundidad con los intereses esenciales y permanentes de nuestros países.

América Latina tiene identidad e intereses propios, tanto en lo que concierne a sus relaciones con las demás regiones del globo cuanto en lo que toca a las relaciones entre los propios países que la componen.

Tenemos el máximo interés en respetar y hacer respetar los principios básicos de la autodeterminación, de la igualdad soberana de los Estados, del respeto a los tratados internacionales, de la no intervención y de la solución pacífica de las controversias. Tenemos el máximo interés en mantener nuestra región a salvo de las tensio-

nes y crisis internacionales, de modo de preservar nuestras prioridades y nuestros propios puntos de vista. Debemos repudiar toda forma de hegemonía, tanto fuera como dentro de la región, pues la única base de entendimiento entre los pueblos es la colaboración equitativa y mutuamente ventajosa. Debemos procurar aumentar nuestra participación en los procesos de toma de decisiones en los asuntos internacionales, de manera de convertirlos en más abiertos y sensibles a los intereses legítimos de la mayoría de las naciones. Para eso, es fundamental que nos empeñemos al máximo para alcanzar la solución pacífica de las divergencias que puedan surgir entre nuestros países y que dediquemos lo mejor de nuestros esfuerzos a la armonización y a la suma de nuestros intereses nacionales, a la identificación de las coincidencias auténticas entre ellos en el ámbito regional y al perfeccionamiento de la defensa conjunta de nuestros puntos de vista comunes.

En aquello que se refiere a la lucha por el desarrollo económico, donde la convergencia de intereses de los países latinoamericanos se efectúa mucho más fácilmente en una amplia gama de temas, nuestra tarea se realiza en tres niveles: Frente a los países desarrollados, debemos presentar sólidamente nuestras reivindicaciones, en el sentido de que las relaciones entre el Norte y el Sur pasan por una reestructuración que las torna más equilibradas y equitativas.

Es suficiente considerar las disparidades que se fueron acumulando naturalmente, a lo largo del tiempo, entre los dos hemisferios, para verificar que se hace necesario algún cambio en las reglas del juego económico.

Corresponde a esos países desarrollados, en la tarea de reestructurar esas relaciones, una parte del esfuerzo y de la comprensión en proporción al vigor de sus economías. A nuestros países les corresponde defender con firmeza nuestros intereses y, al mismo tiempo, evitar confrontaciones estériles y posiciones negativas, que no contribuyen a la solución de los problemas.

No existe ninguna incompatibilidad esencial e irremovible entre los países en desarrollo y los desarrollados y, mucho menos, entre los países latinoamericanos y los occidentales del Hemisferio Norte. La eliminación del subdesarrollo constituye una apreciable ganancia política, social y económica para toda la Humanidad.

Con respecto a los países en desarrollo pertenecientes a otros continentes, debemos intentar desarrollar nuestras relaciones con vistas al fortalecimiento mutuo de nuestras economías y a la profundización y concretización progresiva de nuestros vínculos de solidaridad. Debemos asociarnos con ellos en la defensa de las reivindicaciones comunes en el contexto del diálogo Norte-Sur. Al mismo tiempo, en nuestra práctica diaria debemos explorar las innumerables oportunidades ofrecidas por la complementación existente entre los diversos países de diferentes regiones. También tene-

mos que desarrollar nuestras relaciones económicas sobre las bases dictadas por el respeto mutuo y por la cooperación igualitaria, sin conceptos previos ni paternalismos, anticipándonos desde ahora al nuevo orden económico internacional al que aspiramos. De esta manera, nos reforzaremos nuevamente.

América Latina debe prepararse para encarar con seriedad las discusiones y negociaciones relativas a la cooperación entre los países en desarrollo, tratando de coordinar los esfuerzos multilaterales que se están efectuando hoy en día con el florecimiento de la red de relaciones bilaterales, que constituyeron la expresión más dinámica de esa cooperación.

Finalmente, llegamos al nivel de las relaciones intrarregionales que, por la variedad, por las ventajas comparativas de nuestros países y por nuestras afinidades culturales, son la parte más importante de este escenario. El Brasil, siempre apoyado por los principios que ya hemos expuesto, se interesa por dinamizar sus relaciones con todos los países de la región. No pretendemos mantener un tipo de relación especial con ningún país en particular, ni adoptamos cualquier posición, ni tomamos iniciativas que tiendan a perjudicar los intereses de algún otro país. Si existen diferencias en el volumen y en el rigor de nuestras relaciones con ciertos países, ello se debe, sobre todo, a razones históricas y geográficas naturales y no a cualquier tipo de opción de carácter político. E incluso esas diferencias son susceptibles de cambios, en función de la evolución de las situaciones y del propio dinamismo de las relaciones intrarregionales. No ejes ni hegemonismos, sino colaboración franca y abierta: esas son las bases genuinas de un sano relacionamiento entre nuestros países.

Los organismos multinacionales regionales, que son muy necesarios, no agotan, sin embargo, toda la potencialidad del desarrollo de nuestras relaciones. Existe una gran área de trabajo común y ésta sólo puede ser explorada por medio de las relaciones bilaterales, que dan un carácter más concreto, más denso y más real a las relaciones latinoamericanas. Esta área es sensible a las necesidades específicas de cada país y su desarrollo se armoniza con nuestra actuación conjunta en los foros multilaterales, componiendo el tejido vivo de América Latina.

Los principios ya señalados rigen el espíritu con que debemos relacionarnos. El respeto a tales principios debe sumarse a la capacidad de iniciativa y a la búsqueda creativa, innovadora e intensa de formas de actuación conjunta, que puedan rendir beneficios mutuos a nuestros países. El respeto, el diálogo franco y el trabajo serio y creador en pro del desarrollo de nuestros pueblos harán de América Latina un área cada vez más próspera, pacífica y armónica en el escenario internacional.

Nos une, tanto como la historia y la geografía, la compleja y difícil realidad de nuestros días. La conciencia de la comunidad de nuestros intereses, la lucha por la paz y el desarrollo, la conquista del lugar que nos corresponde en la comunidad internacional y la construcción de un mundo más justo son objetivos que podemos alcanzar y que, ciertamente, merecen la conjugación de nuestros mejores esfuerzos.